

El tratamiento de la realidad en la poesía de Ramón López Velarde

POR GUILLERMO DIAZ-PLAJA

A FRANCISCO MONTERDE

No he visto en los trabajos críticos que conozco acerca de la manera poética de López Velarde, tratado el aspecto que aquí me ocupa. Pero —por extensión— podría aplicarse a nuestro tema algo que se subraya con insistencia por un crítico en la obra velardina: el sentimiento de lo frustrado.¹ Una desencantada actitud vital domina, en efecto, la expresión de este poeta, que se debate entre una tímida impotencia ante las seducciones del mundo y una desahuciada renuncia de lo que se le antoja ya una pérdida irrecuperable. Curiosa actitud que aproxima a las cosas, pero que lleva a estudiarlas por su envés, como desmontadas de su artificio espectacular. Así, pues, la lírica de López Velarde se mueve entre una expectación mística y una nostalgia desencantada. Hay en su manera de ver un "antes" prematuro y un "después" irremediable. Y ello da a su mundo este doble perfil en que lo ultrapoético se mezcla a lo ultraprosoico.

El lo ha dicho:

*Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo,
un demonio sarcástico maulla
y me devuelve al todo.*

Y añade:

*Tú misma, blanca ala que te elevas
sin horizonte, con la comporta
beata de las palmas de los palpitos,
y que has comprendido en tu blancura
un anhelo infinito,
sólo serás en breve
un lacónico grito
y un desastre de plamas, cual rizada
y dispersada nieve.²*

No me atrevería a estimar este juego de contrastes como característico del alma mexicana. A pesar de que el propio López Velarde ha dicho:

"La alquimia del carácter mexicano no reconoce ningún aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud..."³

Es evidente, pues, que existe un contraste entre pasión y escepticismo que, como escribe el ilustre profesor mexicano Francisco Monterde, "corresponde a su personal manera de reaccionar estimulado por las sensaciones; proviene de la actitud que adoptó ante la vida, como abogado y burocrata un tanto escéptico, mas sin perder la fe heredada".⁴

La biografía del poeta explica mejor todavía esta alternativa de mística y desencanto. Sus versos mismos nos la dan, traducida a clima estético. Su primera etapa religiosa,

*(Entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin ofato...)*

le perpetúa en una irremediable vocación de célibe y un substrato de religiosidad católica y bíblica, que pigmenta su poesía y que se alterna con una garra sensual que quisiera apresar todo. De ahí la estupenda fórmula de su propia espiritualidad:

*Me revelas la síntesis de mi propio Zodíaco:
el León y la Virgen.⁵*

El tratamiento de la realidad en la poesía de López Velarde excluye, pues: 1° La realidad inmediata al poeta, presente sin esfuerzo a sus sentidos. 2° Las realidades exquisitas producto de una búsqueda esteticista. 3° Las realidades adquiridas por vía metafórica, que no son sino las segundas en relación con la primera (es decir, producto de las consabidas ecuaciones cabello-oro, labio-rubi, diente-nácar).

¿Cuál es, pues, la realidad que el poeta busca? El poeta busca su poesía al reverso de la realidad habitual al poeta. No es la realidad que no llega al clima poético produciendo el prosimismo. Sino una realidad que nos sorprende, porque es de vuelta y, por esta sorpresa misma, nos da un tono poético hasta ahora inaudito.

No es que López Velarde prescindiera totalmente del juego ecuacional de la imagen o de la metáfora. Véase este ejemplo de su poema *Tus dientes*:

*... Cuida tus dientes, cóncave de granizo, cortejo
de espinas, sempiterna bonanza de una mina,
senado de cumplidas minucias astronómicas
y mandé con que sacia su hambre y su retina
la docena de tribus que en tu voz se fascina...⁶*

Pero en seguida advertimos que el juego metafórico no puede ocultar una realidad, casi una infrarealidad.

Los dientes de la amada, entrevistados, sólo entrevistados —"relámpago de nácar", diría un creacionista de hoy—, en la poesía de tipo tradicional o moderno, son objeto aquí de una observación de pantalla de rayos X, de insistente rebusca "impertinente", que es, justamente, la que da novedad al poema. Que termina nada menos que con estos versos:

*Porque la tierra traga todo pulcro amuleto,
y tus dientes de idolo han de quedarse mondos
en la muca rizada del bostil capoteito,
yo los recojo aquí, por su dibujo neto
y su nimen patriótico, para el himno y la gloria
de la humanidad giratoria.⁷*

Exceptuando los dos últimos versos, he aquí un esfuerzo por dar la vuelta a la realidad y ofrecerla en un reverso tan descarnado que produce la sorpresa — es decir, uno de los juegos a que se entrega la poesía.

El juego que estamos estudiando es característico, pues, de este ánimo de frustración de que ya hemos hablado. El poeta realiza lo que casi podríamos llamar un acto de *sabotaje* a su propio lirismo, creando un eco irónico para desencantar la ingenua exaltación con que el poeta se arrebató.

Aun en los escasos momentos en que intenta un ademán solemne, el juego irónico demerona la amplitud del gesto. Recordemos la estrofa con que se abre su mayor poema: *Suave Patria*:

*Yo, que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy mi voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo,
para cortar a la epopeya su queja.⁸*

El juego se repite constantemente: a una evocación suntuosa sigue, en juego de contrastes, la más humilde referencia:

*Tu barro sueña a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.⁹*

Y en otro plano:

*Suave Patria, vendedora de chía:
quiero raparte en la cuaserna opaca,
sobre un garajón, con matraca,
y entre los tiros de la policía.¹⁰*

NOTAS

1 José Luis Martínez: *Literatura mexicana del siglo XX*, primera parte, México, 1949, pp. 160 y ss. La fórmula capital del espíritu de este gran poeta es —como veremos— el dualismo. Véase el estudio de Xavier Villaurrutia al frente de sus *Poemas escogidos*, México, 1935.

2 *La sangre devota*, México, 1941, p. 161.

3 *Novedad de la Patria*, en *Prosa*, de R. L. V., publicadas en la revista *El Hijo Pródigo*, junio de 1946, pp. 157-158.

4 Prólogo a *La suave Patria*, rep. en *Cultura Mexicana. Aspectos literarios*, México, 1946, p. 299.

5 Es graciosa la forma de cómo Ramón López Velarde prolonga la posibilidad de enlazar sensualidad y religiosidad. Se siente ¡nada menos! que mahometano:

*Yo, varón integral,
nutrido en el punal
de Mahoma,
y en el que cuida Rómulo
en la Mesa Central.*

Y en otro lugar:

*Aflaje la parábola y flamen,
y gaito mis talentos en la lucha
de la Arabia-felicitas con Gullifer.*

Y, "más difícil todavía":

*Me asfixia en una dualidad funesta:
Lijio, la marta de pestiño embustero,
y de Zuraida la grupa bisecista. (111)*

6 *Poemas escogidos*, con un estudio de Francisco Villaurrutia, México, 1935, p. 75.

7 *Ob. cit.*, p. 76.

8 *Ob. cit.*, p. 132.

9 *Ob. cit.*, p. 134.

10 *Ob. cit.*, p. 137.